



LA CATEDRAL DE PLASENCIA.

Habiendo sufrido tres incendios el archivo de esta Santa Iglesia, son muy escasas las noticias que hemos podido recoger acerca de su fundación, pero en cambio habremos de estendernos cuanto lo permitan las columnas del SEMANARIO en su descripción artística. En los tiempos de la fundación de la ciudad por el rey D. Alfonso VIII, como quisiese este piadoso rey que Plasencia tuviera silla episcopal, hubo de edificarse la catedral en aquella parte mas elevada de la población, donde después se labró la casa colegio de la compañía de Jesus; pero posteriormente, sin que sepamos la causa, se edificó lo que en el día se conoce por *lo viejo*, ó parroquia de Santa María, al medio día de la ciudad mirando al río Yexle. De este templo nos queda poco menos de la mitad, pues en lo que ocupaba el crucero y capilla mayor, se halla edificada la iglesia nueva, según se dirá mas adelante. En cuanto á la vieja, su estilo es gótico riguroso, bien que se conoce pertenece á la infancia de este arte en España, Ponz y los demas viajeros que han visitado esta santa iglesia, apenas se dignaron echar una mirada sobre este templo, llamando toda su atención el nuevo, sin tener en cuenta, que acaso no se admiraría la grandiosidad de aquel, si el arte no hubiera pasado por la pesadez de este otro. Sin embargo no podemos escusarnos de decir algo, en este siglo que la arquitectura gótica se ha hecho de moda, siquiera

este monumento se preste para estudiarla en su origen.

Lo único que se conserva íntegro de este templo es su fachada principal, la que lucía mas sino se hallase encajonada entre los cimientos de la nueva torre y el palacio episcopal. La parte de adorno y escultura muestra bien á las claras el siglo en que se edificó, pues todos los rosetones, flores y animales, cualquiera seria capaz de ejecutarlos aun sin haber manejado el cincel, siendo muy particular, que para las figuras de ángeles que se ven repartidos en los intercolumnios del ingreso, parece que fueron á tomar por modelo los ídolos mejicanos. Es tambien notable el misterio de la Anunciación que se vé representado por dos estátuas encima de la puerta, y manifiesta el grado de abatimiento á que pudo llegar la escultura. El interior del templo nada ofrece interesante á las artes, columnas agrupadas, bóvedas de arista y ventanas ojivales con escasa luz, acompañado todo esto de tres altares de hojarasca, es lo único que se ofrece á la vista.

El claustro es tambien de estilo gótico, mas como se construyese durante diferentes pontificados tiene bastantes variaciones en su fábrica, tanto en el orden de las columnas, como en la elevación de las bóvedas; en estas se ven bastantes escudos de armas de los Guzmanes, Castillas y Figueróas, de cuyas familias

fueron los prelados, que la labraron y en el último paño se hallan las del obispo D. Gonzalo de santa Maria porque en su tiempo á 26 de mayo de 1433 se acabó de labrar el claustro y en sus días se hizo en él la primera profesión solemnemente.

Concluida así la vieja catedral, muy luego pareció mezquina para la categoría de la Diócesis, que en aquella época era una de las cuatro que mas pingües rentas tenían en estos reinos, así es que sesenta años despues, en tiempo del obispo D. Gallarre de Toledo (1498) se determinó construir una nueva que siendo de mayores dimensiones edificaron sobre la antigua en términos, que según iban haciendo la nueva destruían la vieja, de lo que resultó que habiendo quedado aquella sin concluir existe mas de la mitad de una y otro tanto de otra. Para su construcción dice el historiador de los annales de Plasencia «que se platicó con algunos arquitectos y maestros insignes de obras, mas uno llamado Juan de Alva hizo la capilla mayor.» El estilo es gótico moderno y es probable, que este Juan de Alva fuese el maestro de toda la obra, ó al menos que se continuara lo que existe según sus planes. Faltando á esta iglesia todo el trascoro, solo tiene tres pilares á cada lado para compartir las naves; son estos de suma gallardía y de figura de una palma, pero con tal semejanza que los infinitos arcos y fajas que de ellos se derraman, se estienden y enlazan en caprichosos arabescos dorados, para venir á formar las naves. Circunda á toda la iglesia y capilla mayor un andito con su gracioso antepecho incrustado de medallones del mejor gusto. Veinte y una son las ventanas repartidas en todo el edificio y en las ladas de ellas, así como en los pilares del templo se hallan en sus correspondientes hornacinas regulares estatuas, que hacen muy buen efecto.

Pero desde luego los objetos que mas llaman la atención son el altar mayor y la sillería del coro. Es aquel un compuesto de tres magníficos cuerpos de arquitectura con veinte columnas de orden corintio y muchas estatuas repartidas en él, todo obra de Gregorio Hernandez, célebre escultor de Valladolid, tambien tiene cuatro soberbios cuadros de Ricci que en figuras mayores que el natural representan la Anunciación, nacimiento de J. C., circuncisión y adoración de los Reyes, y en medio del retablo una bella escultura de la Asunción de nuestra Señora, titular de esta santa iglesia, acompañada de ángeles con el apostolado debajo, figuras, todas así como las demas estatuas semicolocales. En los zócalos del primero y segundo cuerpo se vé representada en bajo relieve la vida de Jesucristo, y en los pedestales de las columnas profetas, evangelistas, doctores y fundadores. El tabernáculo es preciosísimo, le forma un templecito de hermosa arquitectura, compuesto de dos cuerpos con columnas pareadas de orden jónico y corintio, en cuyo cornisamento están repartidos angelitos que tienen en sus manos atributos de la pasión de Cristo. Pero en tiempo del Sr. Arce y Reinoso, obispo que fué de esta Diócesis, se pusieron matamente á los lados del segundo cuerpo las cátedras de San Epifanio obispo de esta ciudad y San Basilio de la de Brago, y esto hace, que pierda su gallardía.

La sillería ó coro se halla colocada como en los templos de igual arquitectura. Es lo mas delicado y caprichoso que puede trabajarse en madera, pues

cada una de las setenta y cinco sillas de nogal de que se compone es una obra acabadísima en su género. El lapiz se niega á seguir las minuciosas labores de aquellos encajes de madera, y las mas grotescas figuras se encuentran en los asientos levantados, animales imaginarios y fantásticos, asuntos domésticos representados con la mejor propiedad, todo al paso que divierte arranca admiración. En los tableros de las sillas superiores se ven en preciosas maderas embutidas los apóstoles y otros santos, y las inferiores tienen en sus respaldos tambien embutidos hermosos ramos de flores, frutas y arabescos, tambien se ven en la parte mas baja de los tableros de todas, varias historias del nuevo y viejo testamento en bajos relieves muy bien ejecutados; y en las divisiones de una y otra silla columnitas agrupadas con sus repisitas é innumerables estatuas. La del prelado está mas elevada que el resto del coro y en su parte superior está un hermoso bajo relieve en que se vé á S. Pedro con los demas apóstoles echando las redes desde la barca; concluye con un doselete de estilo gótico, agrupamiento de un sin número de torrecillas, capiteles, estatuas y otros mil adornos. Las dos últimas sillas del coro alto, aunque no tan elevadas, hacen juego con la del prelado y en ellas es tradicion asistieron á coro los Reyes Católicos cuyas armas se ven en su parte superior.

La reja que le cierra es tambien notable por su buen trabajo y disposicion de ornatos. Está dorada la mayor parte y su cornisamento se halla coronado de trecho en trecho, con medallones con varios santos y sobre el ingreso una estatua de la Asunción de nuestra Señora, cerrando este conjunto dos estatuas mayores que el natural, que representan á David y á Salomon y se encuentran á los extremos. En el pedestal de la columna, donde se juntan las verjas de la entrada cuando se cierran, se vé esta inscripción: *Johannes Baptista Cetina faciebat anno Domini 1604.*

El resto de la iglesia poco notable nos ofrece si exceptuamos los costados del coro que son dos bellísimos trozos de arquitectura con pilastras compuestas y estatuas muy bien trabajadas; en cada lado hay una capillita con regulares retablos cada uno por su estilo.

Los aláren colaterales son de la época de Churriguera y con esto está dicho todo; en el del lado de la epístola se venera en una preciosa urna de concha y adornos de plata la imagen de nuestra Señora en su tránsito y en el del lado del evangelio las reliquias que posee esta santa iglesia, algunas de ellas muy notables. Tambien tiene algun mérito el sepulcro de mármol que se halla al lado del evangelio y pertenece al obispo D. Pedro Ponce de Leon; la estatua arrodillada del prelado no es lo mejor; pero son bellísimos el reclinatorio y varios angelitos cogiendo las insignias episcopales.

La portada principal de esta iglesia (véase el grabado) está mirando al Norte y su vista dará una idea mejor que cualquiera descripción. Es un majestuoso retablo de piedra, pero con la fatalidad de faltar las estatuas, que debían ocupar las repisas de los intercolumnios. Pasma la prolijidad y riqueza de adornos advirtiendo que toda ella así como el resto del edificio es de granito. A espaldas de esta se encuentra mirando á medio día otra portada tambien principal, que dá á un espacioso átrio con balaustrada y her-

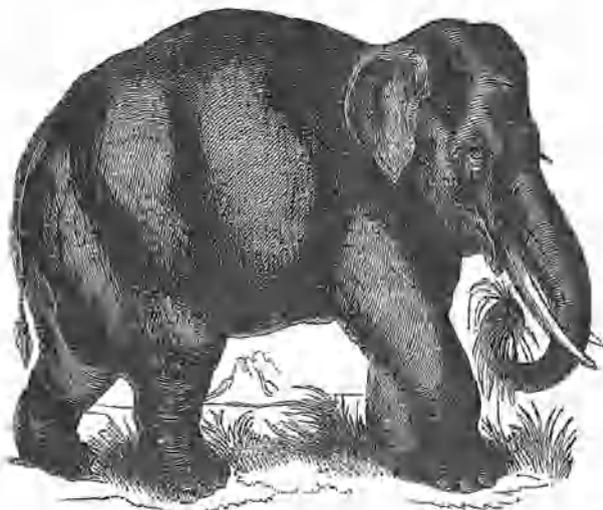
mosas vistas al río y campiña: los adornos de esta no son tan prolijos y minuciosos como los de la anterior; sin embargo tiene dos hermosos cuerpos de arquitectura, compuesto el primero de cuatro columnas con capiteles de Barruguet y repisas en los intercolumnios; otras dos columnas de candelabro se hallan en el segundo cuerpo y en medio una ventana adornada de ingeniosos caprichos coronando todo esto las armas del emperador Carlos V y del obispo Carvajal.

Las oficinas y demás dependencias son modernas, pues á consecuencia del último incendio verificado en 1832 y en el cual con gran sentimiento de las personas amantes de las artes, perecieron el archivo, li-

brería y una buena colección de cuadros se reedificaron de nuevo y no contienen cosa notable.

Muchos objetos nos quedan que describir por no haber hecho sino una rápida reseña, mas no permitiéndolo los estrechos límites á que nos hemos ceñido, solo diremos, que el edificio respira cierta grandeza, que unida á la buena ejecución de las partes admira á los inteligentes. Las torrecitas, capiteles y las dos elegantes balaustradas que le coronan le dan tal gallardía que si se hubiera concluido no tememos asegurar que pocos templos le aventajarían en nuestra España.

FRANCISCO W. PLAZA.



EL ELEFANTE EMPLEADO EN LA CAZA DEL TIGRE.

En todos los países existen animales salvajes mas fuertes y poderosos que el hombre. Sin embargo, el poder intelectual de este, ha logrado no solo destruir y domar los mas peligrosos, sino tambien aprisionar y aprovechar aquellos cuya fuerza y agilidad pueden serle útiles. El Elefante, el mas grande y vigoroso de todos los animales de la tierra, se deja tambien cojer de diferentes maneras. Su furor no tiene límites cuando se vé prisionero, pero se calma fácilmente si se le trata con dulzura y se convierte en un servidor tan fiel como obediente. Empléanse los Elefantes en las Indias Orientales como instrumento para la caza de fieras, especialmente del Tigre, el mas hermoso y mas cruel de los animales.

Hoy que la llegada del Elefante al Circo de Paul, ha llamado la atención pública hácia esta especie de animales, creemos agrandar á nuestros lectores publicando la siguiente descripción de un viajero que asistió en 1846 á una gran caza de Tigres.

Armados los hombres de fusiles montan sobre sus Elefantes, de los cuales se sirven á veces como de los caballos, pero lo mas general es ir sentados sobre ellos en un aparato ó *houdah* que fijan en el lomo del animal. Un hombre del país se coloca siempre en el cuello para guiarle, despues se dirigen hácia lo

mas espeso de los bosques donde se supone que el Tigre se oculta. Desde luego es difícil descubrirle, porque se arrastra y se estiene cuanto puede, con la esperanza de sustraerse á la vista de los Elefantes que le intimidan sobremanera. Pero los perros agitan los matorrales, bien pronto se vé moverse la yerba y no tardan en distinguirse las rayas negras del reluciente lomo de la fiera. Este es el momento de hacer fuego: la bala penetra su cuerpo. Entonces la rabia reemplaza al temor; lanza un ahullido furioso y se arroja hácia el elefante mas cercano procurando agarrarle por la trompa; pero su adversario, preparado el ataque, levanta cuanto puede esta parte, la mas sensible de su cuerpo, y se esfuerza en coger al tigre con uno de sus colmillos. Si lo consigue, el combate termina al instante, el elefante atraviesa con él al tigre de parte á parte y muere baqueteado y machacado en el suelo por los enormes pies y rodillas de su enemigo. A veces cuando el elefante es jóven tiene tambien miedo y se separa en el momento en que el tigre se lanza hácia él, en tal caso la fiera consigue casi siempre colocarse de un brinco sobre aquel y la posición de los cazadores se hace poco envidiable sino consiguen en el momento herirle mortalmente; sin embargo este movimiento del elefante atemorizado no salva siem-

pre al tigre, porque para entonces suele encontrarse su bella piel atravesada de varios balazos, que le han causado heridas mortales. Otros medios emplean los indios para deshacerse del Tigre, de los cuales algunos son sumamente divertidos. Cuando están seguros de que se halla en algun punto; los paisanos ranean una gran cantidad de hojas (semejantes á las del sicomoro) de un árbol que es muy comun en la mayor parte de aquel territorio; estas hojas están embadurnadas de una liga en extremo pegajosa y las esparcen alrededor del oscuro retiro en que suponen se oculta el Tigre durante las horas de calor.

Si por casualidad el animal llega á dar algunos pasos sobre las hojas así preparadas, comienza á sacudir las patas para librarse de aquel incomodo obstáculo, y viendo que no surte efecto este expediente, frota con el mismo objeto la liga infernal contra sus mandíbulas, revócase los ojos y las orejas y acaba por ponerse en tal estado, que se tumba por tierra sobre otras hojas tambien pegajosas que le envuelven completamente y le postran; en esta posicion puede compararse á un hombre embreado y cubierto de plumas. La angustia que experimenta se revela bien pronto por terribles ahullidos que advierten á los paisanos es llegado el momento de herir sin peligro el objeto de su terror.

Los habitantes de algunas islas de las Indias han recurrido á otros arbitrios para causar la muerte á estos animales. Despues de haber cavado un foso, clavan derecha en el medio una gruesa estaca puntiaguda, una plancha colocada á la orilla se tuerce al menor choque, en uno de los extremos se ha colocado un trozo de vianda y el precipicio está rodeado y disimulado con ramaaje; el tigre atraído por el olor de la comida, viene corriendo á la plancha, que en el momento dá vuelta y arroja el cuerpo sobre la punta de la estaca en la cual queda atravesado. A veces tambien construyen una caja de mimbres fuertes capaz de contener un hombre; uno de los habitantes armado de un largo cuchillo y un puñal se dirige por la tarde hácia el supuesto retiro del Tigre; métese en la cesta y aguarda con paciencia á que llegue la noche. El Tigre sale en fin en medio de las tinieblas, olfatea al hombre oculto y se dirige hácia la caja, levántase sobre sus patas traseras y lanza un rujido horroroso, pero el hombre á quien esto no espanta aprovecha el momento favorable para sepultar su puñal en el pecho del animal. Esta primera tentativa aumenta su furor, mas el hombre defendido por la solidez de su caja, desprecia los ataques furiosos de su enemigo, y le hace nuevas y crueles heridas que no tardan en poner término á su vida.



LAS MAÑANAS DEL RETIRO.

Buenas cosas hay en este mundo, no podemos negarlo, porque son cosas que saltan á la vista del hombre menos observador: ello es verdad que son los menos, pero como dijo el otro, mas vale algo que nada. Por ejemplo, entre las cosas buenas que Dios ha dado á luz no hay cosa como la España, porque España es una cosa que no se parece á esos otros cuadros que vemos en un mapa y que hemos convenido en llamar *naciones*: cierto es que los españoles no son del todo muy allí, pero al fin y al cabo los españoles no son cosas, sino *hombres*, y siendo hombres,

por buenos que sean no son mas ni menos que los demas. Algunos á fuer de patriotas no quieren pasar por esta razon; pero yo me atengo á las constituciones de todos los paises que con un pedazo de papel que se llama *carta de naturalizacion*, conceden á un extranjero los mismos derechos que á los que han nacido en el suelo patrio; de donde deduzco logicamente que todos los hombres son unos, y que lo mismo aprovecha un inglés para España que un español para Inglaterra.

¿Quién dudará que España es cosa buena?... Sino lo dijieran todos, diríanlo al menos esos extranjeros industriosos que vienen á explorar aquí la riqueza que nosotros no sabemos apreciar. No digamos que en Es-

niña no hay cosas malas, no, las hay quizá como en ninguna otra parte del mundo; pero así y todo, la España pasa por una gran cosa. También hay cosas buenas y son las más; y entre estas cosas buenas está Madrid, en donde hay cosas bien malas que por sabidas se callan. En cambio de estas tiene Madrid una cosa que no tiene duda alguna es la mejor; y esta cosa es el Retiro. Bonito, muy bonito sería aquel jardín llamado Paraíso que Adán y Eva habitaron en sus buenos tiempos; yo creo á ojos cerrados todo lo que se ha dicho de aquella mansión de felicidad, pero no puedo concederle ventaja sobre el Retiro. Dios puede hacer los cosas iguales. Si en algo está la diferencia es en que Dios señaló á nuestros primeros padres los árboles que no habían de tocar; en el Retiro todos los árboles están prohibidos. Bien es verdad que no se hace mucho caso de esta prohibición; pero que mucho sí los que van al Retiro son hijos de Adán y Eva?... Ah!... El espíritu Santo lo dijo de tales padres tales hijos: la obediencia no es la cualidad más recomendable de la especie humana. Si Dios no hubiera tenido la precaución de arrojar á sus criaturas del Paraíso, al fin y al cabo hubieran burlado la vigilancia del Angel custodio como hoy sus descendientes burlan las de los guardas del Retiro, que por más señas, nada tienen de ángeles. ¡Dios quiera que no nos cierren las puertas de este Paraíso!...

¡Lástima sería tener que renunciar á esos deliciosos paseos á que nos convidan las hermosas mañanas de la primavera!... ¡Se respira un aire tan puro!... se ven tantas flores!... se aspira un aroma tan rico!... De seguro, sería una calamidad, si un día apareciera cerradas las puertas del Retiro.

Yo, francamente lo digo, soy apasionado nuevo de este paseo matutino. Indolente por naturaleza he oído sin curiosidad por espacio de tres primaveras seguidas estas palabras sacramentales: ¡Qué hermoso estaba el Retiro esta mañana!... Y tanto, tanto sonaron estas palabras en mis oídos que al fin y al cabo vine yo á preguntar una noche en cierta tertulia: ¿Qué más tiene el Retiro por las mañanas que por las tardes? Nadie me contestó; pero vi asomarse en todos los labios una sonrisa; las niñas miraron á sus galanes, los galanes miraron á las niñas, las madres no dijeron nada, pero los padres fruncióron las cejas.

Decididamente, dije yo para mí, cosa buena debe ser el Retiro por las mañanas. Y formé la resolución de ir á pasear por entre los árboles.

Al día siguiente lloré á cabo esta resolución. La mañana estaba hermosa, el cielo sin vapores, el aire impregnado de aromas.

Al salir de mi casa tropezé con un contertullo que me tendió la mano al pasar diciéndome—Buenos días, chico... voy al Retiro.

—Muy buenas, amigo, yo también voy allá...

—Ola y vas al Retiro?... Pues oye, si por casualidad ves á Luisita y á su mamá, y te preguntan por mí, di que estoy malo. Yo me escusé anoche de acompañarlas.

—Pierde cuidado...

—Tengo una aventura...

—Bien, bien, anda...

—Adios, adios, perdona que no me detenga porque estoy de prisa.—Y desapareció.

Paso tras paso saludando aquí y allá ora á una conocida, ya á un amigo íntimo, llegué al Parque de Artillería. Allí de manos á boca me hallé con Luisita y su mamá que iban acompañadas de un oficial de no sé que regimiento; y como yo soy muy prudente, fingi ir distraído y pasé cerca de ellas murmurando entre mí.

—Esta niña debe ser muy impresionable... Acostumbrada á que el otro la acompañe, hoy que cree que está enfermo ha echado mano de este oficial para que la socorra en caso de que ocurra algún desastre... Esto es vivir precavido... Vamos adelante.

Y en dos breves salvé la gran plazoleta, dejé á mi espalda la puerta de hierro y me interné en la arboleda. Oh!... si quisiera echarla de poeta tendría aquí tela cortada para bellísimas descripciones. El Retiro se presentaba á mis ojos como la Arcadia encantada:

el murmullo de las fuentes, el cántico de los pájaros, la dulce armonía que producen las hojas de los árboles movidas suavemente por la brisa de la mañana; los cuadros de flores, las sombras encucijadas; todo esto formaba un conjunto bellísimo que no hubiera mirado con ojos indiferentes un genio. Afortunadamente yo no soy genio y por lo tanto no me detuve en admirar, ni en coordinar ideas; dejé á los pies el cuidado de trasportarme de un punto á otro: di libertad á los ojos para que escudriñaran cuanto quisieran y dije para mí: si algo hay que ver aquí no son las flores ni los árboles; si algo hay que oír no es el murmullo de los céfitos ni las fuentes. «Oh!... y esta vez mi razonamiento fué una profecía, mis ojos vieron otras cosas que flores, mis oídos escucharon otras cosas que murmullos.

Era maravilloso tender los ojos y descubrir al través de las hojas la sombra de una niña fugitiva: era encantador oír al pasar entre la espesura palabras vagas, risas comprimidas, y ecos parecidos á los suspiros. Un poeta alemán hubiérase figurado estar en la mansión de las hadas, y hubiera creído que la niña corría detrás de una mariposa de oro, que aquellas palabras vagas eran notas musicales, y que las risas y los ecos eran gemidos del viento. Pero yo que no soy poeta, y mucho menos alemán, empecé á traducir aquellas correrías y aquellas palabras y aquellos ecos, fijando la atención en todo, con esa atención, no de un filósofo, sino de un cirujano anatómico.

Un hombre solo apenas hace bulto, y cuando el hombre se mete entre árboles el apenas está demas; las pisadas de un hombre no causan mucho ruido; pero cuando hay hojas que se mueven, pájaros que cantan, niñas que corren, parejas que hablan y suspiran, las pisadas del hombre no tienen eco, no sueñan. Así es que fido en estas dos verdades me deslizé por entre los árboles, y vi como los árboles y las paredes de césped no son un gran dique que digamos, abrí los oídos y escuché.

Y lo primero que vi fué á una señora, antigua, conocida mía, que acababa de encontrarse por casualidad con un joven de buena traza que llevaba un ramo de rosas en la mano.

—V. por aquí, amigo mío?... dijo la dama; no le crea á V. aficionado á las flores...

—Ha creído V. muy mal, señora, me muero por una rosa.

La dama se sonrió con orgullo, y yo dije para mí «comprendo el equívoco: no todas las rosas tienen espinas.»

—Ha venido V. sola?... continuó el joven.

—Sola enteramente, no...

—Perdone V. no había visto al buen Justo.

Justo era el lacayo que caminaba á cierta distancia llevando la sombrilla de la señora.

—Y el esposo, lo deja V. en la cama?...

—Salí ayer tarde para el Escorial... vá por quince días.

—Si no le es á V. molesta mi compañía...

—No, hijo mío, con mucho gusto, exclamó la dama cojiéndose del brazo del joven, pasearemos hasta las nueve y si V. no tiene inconveniente almorzará conmigo...

El joven se inclinó graciosamente y yo seguí mi camino descendiendo tropezarmente con alguna casualidad parecida. Desgraciadamente, para mí, todas las rosas tienen espinas.

Al atravesar una plazoleta, observé que otro joven que estaba reclinado sobre un banco de piedra leía, ó mas bien fingía leer los *Aforismos de Hipócrates*.

—Este es médico, murmuré.—Y como si el joven hubiera querido asegurarme en esta idea, tendió la mano hacia unos céspedes por entre los cuales salía otra mano blanca y redonda que estaba pegada al brazo de una muger. Detrás de los céspedes salía una voz cascada, voz de mamá ó de tía que exclamaba:

—Niña, que te vés á espinar... sa! de ahí, niña, que te vés á cojer algún guarda.

—Sí, sí, decía la niña en tono de mofa, ya me vá cojiendo.

Y era verdad, porque el médico la estaba tomando el pulso.

Aparté mis ojos de aquel espectáculo tan bello y continué mi paseo bajo un toldo de acacias.

«¡Qué hermoso es esto!...» exclamé con la gravedad de un filósofo.

«Hermoso está, en efecto, murmuró una voz gruesa y garrasposa, pero debía estar más cocido.»

De pronto creí que algún amigo me había oído y trataba de burlarse de mi espontánea exclamación; pero merced á un claro que dejaban varios arbustos, pude ver que se trataba de un jamon cocido en vino, víctima de la voracidad de un antiguo matrimonio que había venido á solazarse por la mañana con aquel corto refrigerio.

«¡He aquí la felicidad!... la verdadera felicidad, repliqué yo sentenciosamente; y al mismo tiempo un perro salió de entre unos árboles y llegándose atrevidamente al refectorio de los cónyuges, cogió un pedazo de jamon (el más hermoso) y dió á correr como si le siguiera algún agente de policía. A un ataque tan brusco como inesperado, la señora medio se desmayó y deshió con un codo dos pasteles de liebre; el obeso caballero probó levantarse para correr detrás del perro, pero impidióselo su abultado abdomen, y tuvo que resignarse á perder el trozo de jamon: yo noté en sus ojos cierta expresión de sentimiento, y rienda de aquel suceso, murmuré al emprender otra vez mi marcha: «No hay felicidad completa en este mundo.»

Paso tras paso llegué al estanque chinésco, en el cual se divertían varias niñas echando pan á los peces: la superficie del estanque era de color de plata con algunas manchas de púrpura; color que le daban los peces que se habían asomado á flor de agua para adular de cerca las gracias de aquellas ninfas. Sin embargo no es todo oro lo que reluce: alguno de aquellos ángeles tenía su anzuelo pendiente de un torzal, merced al cual subían elevando los peces á una altura á la que nunca se habrían figurado llegar, por mucha ambición que tavieran. Este juego me pareció bastante divertido, y me recliné sobre la baranda de hierro que circunda al estanque para refirme un rato á costa de los pobres peces que tan incantadamente corrieron á su esclavitud. La niña del torzal tenía un par de ojos negros capaces de enamorar á un santo; y estos ojos siempre alegres siempre juguetones vinieron á clavarse en otros ojos, negros también, de un muchacho de rostro sentimental que estaba á mi lado. A esta mirada, el joven dió dos pasos de costado con dirección á la pescadora.

«¡Mal, dijo entremí, la lección no aprovecha.»

La niña lanzó otra mirada y el joven hizo otro movimiento lateral: una tercera mirada puso al muchacho á dos pasos de la hermosa doncella que tiraba á la sazón del torzal á cuyo extremo se bamboleaba un pez blanco como una barra de plata, y con acento conmovido y galante exclamó:

«¿Quién fuera pez señorito!...»

Yo la miré con sentimiento y exclamé separándome del estanque: «ese joven acabará por ser marido.»

Naciéndome iba yo estas y otras reflexiones, cuando llegaba á la estatua de Carlos II, y sin saber como ni cuando vi que una joven de tez morena y esbelto talle conversaba mano á mano con un galán á quien escuchaba un muro de arbustos; mas lejos otra niña se ocupaba en hacer un ramo de flores. Escudime detrás de la estatua lo mejor que pude para oír la conversacion, pero en vano: el viento se llevaba las palabras: los oídos estaban de mas, en cambio los ojos cumplían maravillosamente con su deber. Miré y ví que se estrechaban las manos dulcemente; miré más y los ví inclinarse; miré otra vez y no ví, pero oí un ramor extraño que me conmovió... creo que la estatua de Carlos II volvió la cabeza, no estoy seguro; lo que es cierto es que yo la alargué notablemente; tan notablemente que la pareja se dispersó, la joven ruborizada, el mozo con semblante serio y amenazador.

«De seguro murmuré entre dientes, he cobrado un enemigo.»

Y poseído de esta idea me decidí á tomar otra direccion con ánimo de no estorbar los placeres del prójimo. Llegué al estanque grande y me puse á echar pan á los patos: descanse un momento mientras me duró el cebo y una vez terminado volvíme á internar en el laberinto de Creta. De manos á boca se encontraron frente á frente mi amigo que venia en amable compañía con una modista y la Luisita que iba cojida del brazo del oficial.

La situación era dramática, pero terminó con lo que no ha terminado todavía ningún drama. Luisita lanzó una mirada á mi amigo; mi amigo lanzó á su vez otra mirada á Luisita.

«¿Qué querrian decirse? Los alfileres no lo comprindieron; pero yo dije para mi sayo: «estos han concluido.»

Volví á pasar por la plazuela en donde el médico se ensayaba en tomar pulsos; y estaba desierta: nadie al pasar hubiera dicho que aquel sitio tan solitario había sido media hora antes el teatro de una escena cómica.

Miré por todos lados y mis ojos continuaron viendo aparecer y desaparecer al través de los árboles sombras chinascas.

«Esto está visto; dije, y me sali del Retiro.»

Una vez fuera, exclamé: «resumámos. ¿Qué es el Retiro? La mansion de los amores. ¿A qué se vá por las mañanas al Retiro? A cosas de amores. Por eso van tantos penitentes á este Retiro.»

Yo de buena gana seria moñje aqui... pero... ¿qué diablos! un solitario no hace carrera en estos tiempos.

Para habitar en este paraíso, necesitaría una compañera.

«¿Alguna de mis lectoras querrá serlo?... Yo me dejo seducir fácilmente.»

Si alguna es tan amable que quiere otorgarme esta merced, sírvase decírmelo por el *Diario de Avisos*, que yo acudiré sin dilacion al punto que me señale, aunque sea al estanque chinésco, en el cual se pesca por todos estilos.

A. HURTADO.

MODAS.

Nuestras amables lectoras recordarán que llevados del deseo de agradecerlas, nos aventuramos á dar publicidad á principios de año á una carta confidencial en que se detallaban las modas reinantes en la capital de Francia: desde entonces no se nos había vuelto á presentar ocasion de aprovecharnos de las comunicaciones de la bella correspondencia de París, cuyo voto en la materia nos consta; que es muy atendible, hasta que hemos tropezado con la que copiamos á continuación, tanto mas gustosos cuanto que esperamos que en adelante, sean cualesquiera las precauciones que tomen para el secreto de sus epistolares las dos amigas correspondientes, no han de poder evitar que imprimamos cuantas nos parezcan capaces de interesar á nuestras estimables lectoras, en cuyo obsequio no hay esfuerzo que no estemos dispuestos á hacer.

FINA SI ORE LO

«En qué consiste que no me contestas mi buena Amalia? Tu silencio me inquieta seriamente ¿estás enferma ó te has marchado de Madrid? Qué placer tendría en que me hicieras una visita, pero no lo espero, porque son contados los compatriotas nuestros que se aventuran este año á llegar por recreo á las márgenes del Sena. París sin embargo está tranquilo, la confianza renace, y aunque se nota en los semblantes la impresion dolorosa que han producido las escenas de desolacion últimamente ocurridas, no se advierte ese vago terror que dominaba la sociedad entera. La ciudad recobra su fisonomía animada, los paseos su brillantez, los teatros están próximos á abrirse, la bolsa, termómetro de la situacion financiera, cada vez

mas aniquada y todo hace esperar que volveremos al estado normal.

Entre tanto no sé de que hablarte porque no ocurren novedades que puedan interesarte, como no sean las que ofrece el mundo elegante; voy pues ha hablarte de modas que sé que es tu asunto favorito.

El verano ha introducido trajes sumamente ligeros, entre ellos, vestidos ó blusas de batista de Esco-

cia ó chaconada, con dibujo sobre fondo blanco. Este traje se completa con manteletas de igual tela guarnecidas como la blusa sencillamente de pequeños volantes estrechos y picados. Para el campo se usan peinadores de tela blanca guarnecidos de dos órdenes de volantes bordados con gruesos dibujos. El cuerpo se ajusta á la cintura por una jareta en forma de blusa. Con estos trajes frescos y ligeros se llevan sombreros



Figura de la moda.

de paja gruesa guarnecidos de adornos de tafetan. Para casa se usa asimismo un peinador de muselina de la India, bordado sobre un trasparente de tafetan: para salir á la *negligé* vestidos de nankin con talles ajustados, guarnecidos de pasamanería blanca, con manteletas de muselina bordada. Estos vestidos se llevan con viso verde ó encarnado, saya de gran ancho y muchos pliegues, pero no muy larga permitiendo ver el zapato abofinado, y el talle ajustado un poco alto. Las mangas medio cortas, terminadas por vueltas partidas, bajo las cuales salen otras vueltas sueltas, y caídas de blondas, son sumamente elegantes.

Pero lo que está muy en boga para medio vestir son redingotes ó sobre todos anchos con mangas muy largas y una especie de esclavina ó manteleta de la misma tela; para ella se usan baceses de dibujos con fondo azul, ó otros baceses escoceses con listas arrojadas, ó tafetanes de color de naranja ó de violeta: este traje suelto y fresco, tiene por adorno un gran volante de encaje en la falda, dos en la esclavina y otro en el cuello; volantes que suelen estar guarnecidos de dos ribetes de la misma tela (véase en nuestro figurin el modelo de la izquierda.) Con este traje se llevaban sombreros de crespon blanco, con cintas color de grana y un gracioso velo blanco: estos sombreros de crespon liso suelen estar adornados simple-

mente con un lazo de cinta ó con flores ademas, colocado todo muy bajo á uno de los costados.

Te hablaré de otro traje sumamente fresco y muy lindo que se propaga mucho: consiste en un vestido de tafetan abierto por delante con vueltas de tul rizado del mismo color que el tafetan y un viso interior blanco, tambien de tafetan, cubierto de encaje negro, del cual son tambien las guarniciones que cuelgan de una graciosa manga que llega hasta poco mas arriba del codo. Completa este elegante traje (el de la derecha del figurin) una lindísima cofia de tul adornada de anchas cintas, que deja descubierta gran parte de la cabeza, pero que sin embargo sienta primorosamente con sus dos lindas caídas de muy buen efecto.

No concluiré sin hacer mención de unos pañuelos de batista finísima, de una delicadeza de bordado incomparable, que han empezado á hacerse de moda. Suelen ser de un solo color ó de blanco y otros colores mezclados. Los hay con una cenefa que se compone de tres listas mate alternando con otras tantas claras. De estos se encuentran desde 1000 fs. hasta 75 céntimos, cosa que parece fabulosa pero es exacta.

Los viajes á Spa, Baden etc. han introducido unas sombrillas muy fuertes y grandes de colores vivos, y algunas ricamente bordadas del mismo color.

por un estilo nuevo que la charlatanería francesa dice acabar de llegar de China, vía recta.

Aquí debo terminar mis noticias de modas porque no sé que añadirte, ya sabes que el verano es la estación en que los elegantes emigran al campo, las modistas y los sastres están de vacaciones y la moda no varía con tanta frecuencia sus leyes despoticas: época de ventura para los papás, los maridos y los tutores.

Ya ves que á pesar de tu silencio te cuento cuanto sé; por favor, contestame á vuelta de correo y no te olvides tanto de mí, ó me echaré á discuir en la causa que puede haber, para que en siete meses no hayas escrito mas que dos pequeñas cartas de diez líneas cada una á tu buena amiga.

CLEMENCIA.

EN EL MONTE.

Y PARA SER DE DIOS ¡AY! SOY MUY POCO.

Como pobre luciérnaga en la grama
Estoy en este monte y no ilumino
Sino al pájaro oculto entre la rama
Cuando feneca el astro vespertino.
Del corazón palidecer le llama
Cada vez siento más y yo imagino
Perder mi luz y ser en este instante
Menos que la luciérnaga brillante.

Vengo de contemplar la hermosa vega
Y atargados traigo los sentidos
Con el concierto vago de sonidos
Que la tranquila soledad despliega.
Quién canta yo no sé, mi alma se anega
En tan diversos tonos y ruidos
Que alzan tal vez con giros imperfectos
Las aves, los reptiles, los insectos.

Silvan y zumban, gimen, se lamentan
Séres que nunca por el campo veo
Y que espíritus son á veces creo
que del campo á los séres atormentan;
Y esos ecos también me desalientan...
Y no sé donde huir de este mareo,
De esta inquietud y desventura vaga
Que agrava la ciudad y el campo agrava.

Yo te quisiera ver, Señor Dios mío,
En ráfaga de sol, nube ó lucero
Y llenar con tu imagen el vacío
De este mi corazón tan lastimero!
Por ser ángel, con alto desvario,
He renunciado ya mi ser primero...
Mas ¿qué vale no ser del hombre loco
Si para ser de Dios ¡AY! soy tan poco?

Me tienes en tu altar... cómo tu velo...
Te consagro la vida enamorada;
Pero mi frente pálida y cansada
Se inclina melancólica hácia el suelo,
Si mis ojos no alcanzan á tu cielo,
Si hasta mí no desciende tu mirada
¿Porque soy mucho para el hombre loco
Y para ser de Dios ¡AY! soy tan poco!

¿Por qué te plugo señalar mi frente
Con rayo de ambición, fuego de orgullo?
¿Por qué de humilde arroyo la corriente
Y de soberbio mar darne el murmullo?
Paja que rompe un soplo del ambiente;
Miserable crisaliga en capullo
¿Por qué ser mucho para el hombre loco
Y para ser de Dios ¡AY! ser tan poco!

Virtud amarga que á tu amor me lleva
Nube envidiosa que tu amor me quita,
Mi fé, Señor, para tan larga prueba
Siento que sin tu luz se debilita;
Yo llego hácia tu altar con ansia nueva
De percibir tu claridad bendita;
Porque no quiero ser del hombre loco
¡AY! aunque sé que para tí soy poco!

A tí levanta la pasión altiva
Sus puras alas y en tu gloria espera...
¿Por qué no sube el alma fugitiva
También con mis cantares á tu esfera?
¿Por qué lejos de tí quieres que viva
Si habré de conseguir cuando me muera
Siendo ya nada para el mundo loco
Ser para el cielo mas; pues soy tan poco!

CAROLINA CORONADO.

LOS MUERTOS ENVIDIADOS.

Miraba Calderón, no el de la Barca,
sino el que fué ministro del monarca
D. Felipe tercero:

Rodrigo Calderón miraba (digo)
un cementerio de Madrid un día
y en él halló un letrero
cerca del umbral, que así decía:
«Amigo y enemigo
Aquí en profunda paz reposan juntos.»
¡Ay! (exclamó Rodrigo)
¡venturosos mil veces los difuntos!

TIMANTES.

Pintaba el celeberrimo Timantes
un Júpiter con ojos fulgurantes,
rayo en la diestra y en la izquierda rayo,
y al severo pintor díjole un payo:
Si en ambas manos el rigor lo pones,
¿Con cuál acaba ese Dios las bendiciones es?
Es en la omnipotencia
igual á la justicia la clemencia.

J. E. HARTZENBUSCH.

GEROGLIFICO.



La solución en el número próximo; en él tendrá también lugar la conclusión del cuento *El caballo de siete colores*, que no ha cabido en el presente.

Dirección Redacción y oficinas calle de Jacometrezo núm. 26.

MADRID, Un mes 4 rs. 6 rs. 20. Un año 36.—Librerías de Pereda, Cuesta, Moñer, Matute, Jimbeon, Gaspar y Ruiz, Barco, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía del Paseo del Iris y de S. Felipe Neri.

PROVINCIAS, Tres meses 4 rs. 24.—Remitiendo una libranza sobre correos franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.